

LIBROS

La voz libre de Blas de Otero

Poeta de las desesperaciones y de la muerte, poeta de la solidaridad y de la justicia, poeta de la angustia existencial y poeta revolucionario, los años han tardado en devolvernos a Blas de Otero. Porque Blas de Otero no siempre existió. Hubo una época —¿cuándo?, hace bien poco, no más de ocho, diez años— en que estaba de moda no tenerle en cuenta. No era sólo que alguien —posiblemente con toda razón— hubiera diagnosticado la crisis grave, tal vez definitiva, de la poesía social. Se trataba de algo más serio, más profundo. Se trataba de borrar, con un gesto de niño consentido, la mejor poesía de la posguerra española: Blas de Otero, Celaya, Hierro, Nora. ¿Qué más? En nombre de un proyecto que por no ser no fue ni iconoclasta. Sólo maleducado y analfabeto. A los poetas —a nuestros grandes poetas— se les negó "la paz y la palabra". Había que pretender que a uno ya no le interesaba Blas de Otero. ¿Es tan fácil? Al cabo de los años, después de haber leído todas las tristes lucubraciones de los epígonos, uno se encuentra con que estuvo a punto de echar por la borda a uno de nuestros mayores poetas. Como si hubiera cogido y quemado los libros de Lorca, de Cernuda, de Prados, de Guillén. Porque Blas de Otero, mal que pese —y uno supone que pesa cada vez a menos gente—, es eso tan raro y prodigioso que ocurre una vez cada no se sabe cuánto tiempo: un gran poeta.

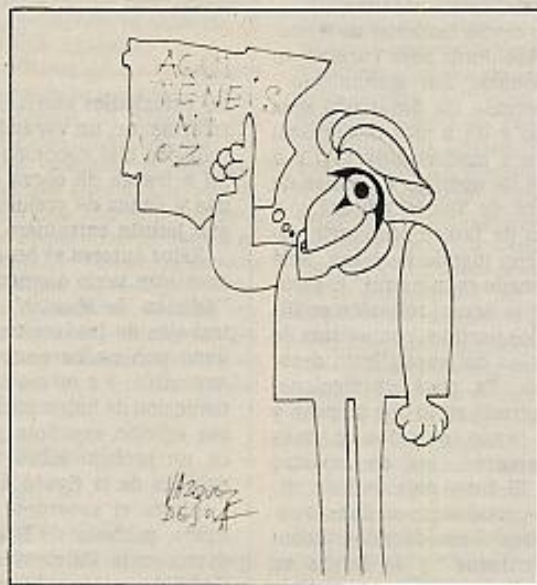
Lean su último libro. Una antología: "Poesía con nombres" (Alianza-Alfaguara. Madrid, 1977). Son menos de cien páginas y una serie de poemas desde "Ángel fieramente humano". Un puñado de poemas. Blas de Otero ha escrito poco; a veces, al cabo de los años, retorna una idea, unos versos, una frase y la rehace, la reconstruye, la recompone. Toda su obra es como una estructura uniforme, perfectamente ensamblada, en la que las partes aparentemente más inconexas están cuidadosamente ligadas entre sí. Es un poeta or-

gánico, poderoso como el movimiento del mar o del viento. Blas de Otero es un poeta de esos cuya lectura es una experiencia a partir de la cual el verso castellano, la expresión poética del "idioma central" —como le llama Eduardo Blanco Amor— suena distinto. Suena al contacto creador de un maestro. De un poeta magistral.

En "Poesía con nombres" hay de todo: viejos poemas inolvidables; como "Me llamarán, nos llamarán a todos", "Mademoiselle Isabel", "Coral a Nicolai Vaptzarov", "Palabras reunidas para Antonio Machado", "León de noche", "Cantar de amigo", "A la inmensa mayoría", etcéte-

imaginativo, el soberbio dominio del lenguaje, la lenta tensión que hace de un poema eso, un poema, y no un lento chorreo de imágenes y de citas pedantes?

Indudablemente ahí está el famoso "Españahogándose". A partir de él se trató de disminuir a un poeta irrenunciable. ¿Qué le va a hacer Blas de Otero si tiene la obsesión de España y de su gente, de Cuba, de Vietnam, del mundo entero? Poeta coral, humanísimo, su poesía rezuma dolor y alegría. La razón es simple: Blas de Otero ha hecho con la poesía un trabajo a fondo. No se ha quedado arañando en la superficie de las cosas, no ha rasguñado epidérmicamente el len-



ra, y otros de sus últimos libros, libros publicados casi anónimamente, a veces en editoriales provincianas, lejos de las mercaderías de la industria cultural. A través de ese puñado de poemas está todo Blas de Otero. Toda su evolución poética. Desde las formas cerradas, impecables, implacables, de sus grandes sonetos, de sus poemas en cuartetos de endecasílabos sólidos, poderosos, hasta las formas más libres, casi libérrimas, de sus últimas producciones. Poeta que no ha necesitado nunca justificarse, no ha hecho nunca coquetarías experimentalistas. Por una razón muy simple: porque ha estado experimentando siempre. Lean ahora, después de lo que nos ha deparado el escuálido neoformalismo de los últimos años, un poema como "Guernica". ¿Dónde estaba el poder

guaje. Por ello, también en él hay equivocaciones que pueden sonar como un trallazo. Un poeta grande puede equivocarse y los demás aprender de sus errores. Un desafortunado poema de Jorge Guillén —que mereció un inolvidable análisis de Jaime Gil de Biedma— sobre un altavoz lanzando música en una fiesta campestre, si no me equivoco, no invalida la belleza casi inhumana de "Cántico". Pero en este país de Caines lanzar piedras al propio tejado ha sido siempre uno de los deportes favoritos de ciertas gentes. Se podría pedir la indiferencia, la ignorancia. No la mala intención. El infierno de la literatura está empedrado no sólo de buenas sino de malas intenciones. La mayor parte de las críticas despectivas que se han hecho a la mejor poesía española de posguerra, y no sólo a la de

Blas de Otero, se han vuelto con hiriente fuerza irónica contra quienes en su día, sin pensárselo mucho, las pusieron en circulación.

¿Es eso hacer un mito de un poeta, de unos poetas? No lo parece. La poesía de Blas de Otero ha aguantado soberbiamente el paso del tiempo. Para el que suscribe, su mejor poesía sigue siendo la de "Ángel fieramente humano", "Redoble de conciencia" y "Pido la paz y la palabra". Su obra última tiene, tal vez, algo de tanteo, de búsqueda de una nueva forma que no acaba de cuajar, salvo en unos cuantos poemas estremecedores, como ese prodigioso "Cantar de amigo", de "Expresión y reunión", o la "Epístola moral a mí mismo". Entre su yo amado y aborrecido y el nosotros buscado y solicitado, está el Blas de Otero más importante, posiblemente. Ese otro poeta que canta la vida cotidiana tiene una voz pura y el supremo talento de un prodigioso artífice de la expresión poética, pero en ocasiones puede sonar ligeramente trivial. Quizá esto último sea algo asumido plenamente, como pasa en muchos poemas de su gran paisano y compañero de promoción Gabriel Celaya. Los signos de que Blas de Otero no se ha agotado como poeta están en sus más recientes libros. Pero todavía el Blas de Otero de la última época nos debe un libro tan perfecto como "Redoble de conciencia".

Poesía de nombres, poesía con nombres, en este libro de Blas desfilan sus seres entrañables, sus amigos, sus amigos, los admirados de siempre, los fray Luis, Quevedo, Juan de la Cruz, Machado, Lorca, Beethoven, Vallejo, Majakovski, Manrique, Eluard, Whitman. Y hasta Nietzsche, antes de que nos lo convirtieran en un profeta de "boutique" de lujo. A ellos van estos versos donde se encuentran muchos de los mejores de un poeta que aparece una y otra vez, bajo mil máscaras, asomando su rostro melancólico, burlón o airado entre poema y poema.

"Poesía con nombres" es sobre todo una afirmación. Afirmación de que la poesía en serio, que la poesía de verdad en este país ha tenido en los últimos cuarenta años sólo unos cuantos nombres importantes. Y uno de ellos es, claro está, el de este bilbaíno extraño y tenaz que acaba de cumplir, como quien no quiere la cosa, sus sesenta años. ■ JAVIER ALFAYA.